

enteramente como la expedición de Hadik en el año 1757. Entre los cuarteles generales de Daun y de Soltikoff habían seguido durante nada menos que cinco semanas negociaciones activas respecto de una operación en común contra Federico el Grande, y el resultado fué que se renunció á la idea tan plausible de sitiar á Glogau. Mas para que algo se hiciera, resolvióse en el campamento ruso emprender también un golpe de mano sobre Berlin en combinación con los austriacos, si querían tomar parte, y si no, sin ellos. Con rapidez nunca vista, y que el general Lacy en sus relaciones solo se explica por el inmenso afán de botín que dominaba á los rusos, corrieron estos á ejecutar su plan. El general Tottleben, seguido de Czernicheff y de Fermor, salió de su campamento de Karolath á orillas del Oder el 26 de setiembre y marchó por Soran, Guben, Beeskow y Wusterhausen sobre Berlin con tanta prisa, que los austriacos de Lacy que habían salido el 28 de Waldenburgo llegaron á pesar de todos sus esfuerzos nada menos que cuatro días mas tarde.

Tottleben se presentó en 3 de octubre á las puertas de Berlin é intimó la rendición á la débil guarnición, la cual se negó á entregar la ciudad. El general ruso rompió el fuego contra ella en la misma tarde con toda su artillería, fuego que hizo poco ó ningun daño y que fué contestado con energía por los de adentro. El asalto que los rusos dieron contra las dos puertas de Halle y Cottbus con trescientos granaderos en cada uno de los dos puntos, fué también rechazado. El alma de la resistencia fueron el anciano feldmariscal Lehwald y el general Seydlitz que no estaba todavía enteramente curado de la herida recibida en Kumersdorf. En la misma noche llegaron á la ciudad por vía de refuerzo dos regimientos de dragones, que se habían pedido con urgencia al príncipe de Wurtemberg, y cuando por la mañana del día 4 salieron por la puerta de Halle, se retiró Tottleben á Köpenick para asegurar desde allí sus provisiones y su comunicación con Czernicheff. Entre tanto llegó también á Berlin la infantería del príncipe de Wurtemberg y poco despues toda la división del general Hülsen, que hasta entonces había defendido palmo á palmo la Sajonia contra el ejército federal, y había combatido últimamente cerca de Wittenberg. Con estos refuerzos llegaba la guarnición á 14,000 hombres, fuerza enteramente insuficiente contra los 40,000 rusos y austriacos reunidos entre tanto delante de Berlin por los generales Tottleben, Czernicheff y Lacy. Los sitiados celebraron entonces consejo general y resolvieron por unanimidad retirarse con sus tropas á Spandau en la noche del 8 al 9 de octubre y abandonar la ciudad á su suerte. Hicieronlo así, y la misma noche en que salió la tropa reunióse el ayuntamiento para concertar con el gobernador militar, el teniente general Rochow, lo que conviniere hacer.

El fabricante y negociante Gotzkowsky, uno de los ciudadanos mas opulentos y considerados de la capital entonces, nos refiere lo que sucedió en aquella sesión en su «Historia de un comerciante patriota,» impresa en 1768 y 1769:

«A las dos de la madrugada del día 8 de octubre me vinieron á buscar á mi domicilio para que fuera á la casa consistorial, donde encontré reunidos y en la mayor consternación á la mayor parte de los miembros del ayuntamiento.

»Me comunicaron la triste noticia de la partida de las tropas y del estado indefenso en que había quedado la ciudad en su consecuencia, sin mas esperanza que la de disminuir el mal en cuanto humanamente fuera posible por medio de la capitulación mas llevadera que las circunstancias permitiesen. Solo había que determinar si convendría mas entregar la ciudad á los rusos ó á los austriacos. Sobre este punto quisieron consultarme y yo manifesté que mi opinión

era entregar la ciudad á los rusos y no á los austriacos, ya porque los primeros eran solo tropas auxiliares del enemigo verdadero, ya porque habían llegado primero delante de la ciudad y habían sido también los primeros en intimar la rendición, ya porque eran también segun noticias los mas numerosos, ya en fin porque los austriacos, como enemigos acérrimos y declarados que eran, tratarían á la ciudad con mucha mas dureza que los rusos. Por estas razones creía yo que sería fácil hacer un arreglo mas ventajoso con estos últimos.

»Esta opinión mereció la aprobación de todos incluso el gobernador militar de entonces, el teniente general Rochow, que en su consecuencia procedió á concertar la capitulación con los rusos en cuanto se refería á la guarnición.»

El pronóstico de Gotzkowsky salió exacto, y en sus resultados su consejo fué mucho mas ventajoso de lo que se habían atrevido á esperar los padres de la ciudad en aquellas horas de angustia. En la mañana del día 9 entraron los rusos y continuaron en la capital de Prusia hasta la entrada de la noche del 10 de octubre. Este corto espacio de tiempo habría bastado para causar inmensas desgracias á la ciudad, si el general Tottleben con sus rusos no se hubiese portado tan bien, que Gotzkowsky, que había sabido granjearse su simpatía, pudo decir de él sin ninguna exageración: «Se ha portado mas como amigo que como enemigo. ¿Qué no habría podido sacar para sí en la capitulación ó con exacciones brutales? ¿Qué habría sucedido si hubiésemos caído en manos de los austriacos, contra los cuales hasta tuvo que mandar hacer fuego el general ruso para obligarles á guardar respeto en el interior de la ciudad?»

Lo primero que pidió Tottleben cuando hubo entrado en la ciudad fueron 4 millones de talers (15 millones de pesetas) moneda antigua (porque la moderna era entonces de muy baja ley). Semejante exigencia dió vahidos al presidente del municipio Kircheisen, que se quedó mudo, gesticulando como un demente, tanto que los rusos creyeron que estaba ebrio. Gotzkowsky sin embargo, con su elocuencia expresiva é incesantes súplicas y lamentos logró enternecer tanto al general ruso que redujo su exigencia á millon y medio de talers de contribución y 200,000 talers de gratificación para las tropas, y no en moneda antigua, sino en la moderna de baja ley. La gratificación que incluía también la parte correspondiente á los austriacos fué aprontada en el mismo día 9. Al día siguiente dió órden el general Fermor de saquear y destruir todas las maestranzas y manufacturas reales que había en la ciudad, y apoderarse de todo el material de guerra existente. Entre los establecimientos condenados á ser destruidos figuraban el arsenal y la fábrica real de objetos de oro y plata. Al saberlo, corrió Gotzkowsky á ver á Tottleben y le expuso que ambos edificios llevaban solo el nombre de manufacturas reales, pero que no lo eran en realidad, porque el producto que daban no entraba en ninguna caja del rey, sino que ingresaba en totalidad en la de la gran casa de huérfanos de Potsdam, sirviendo para la manutención de centenares de niños pobres. Esta reflexión surtió efecto y ambos establecimientos se salvaron. El mismo patriota logró también que la entrega general de toda clase de armas, ordenada para el 11 de octubre, se redujera á la inutilización de unos cuantos centenares de fusiles inservibles. Las personas y propiedades de los particulares fueron respetadas, gracias al comandante brigadier Bachmann, tan honrado y desinteresado como su superior Tottleben, hasta el punto de rehusar un regalo de 10,000 talers que le ofreció el ayuntamiento á su salida de Berlin diciendo: «Si la ciudad cree que nuestra disciplina ha hecho su suerte mas llevadera de lo que había temido, debe también dar gracias á la em-

peratriz por cuya órden expresa hemos procedido. Por mi parte me encuentro suficientemente recompensado con el honor de haber sido durante tres días comandante militar de Berlin.» Mientras los rusos fueron dueños de la opulenta Berlin, los austriacos de Lacy tuvieron que contentarse con ocupar la corta población de Potsdam y la mas pequeña de Charlottenburgo. La primera se vió forzada á pagar sesenta mil talers de contribución de guerra y la otra 15,000; en aquella los austriacos destruyeron la fábrica de armas del gobierno y arrojaron mas de 18,000 llaves de fusil al río Havel, y en esta los húsares austriacos y los lanceros sajones saquearon y destruyeron el palacio real.

El 11 de octubre llegó la noticia de que el rey Federico venía marchando sobre Berlin y al día siguiente como por encanto se dispersaron en direcciones opuestas rusos y austriacos. Tottleben y Czernicheff se dirigieron á Francfort, y Lacy á Torgau, donde alcanzó Federico el día 3 de noviembre la última gran victoria en su gigantesca lucha de siete años.

Para libertar á la provincia de Brandeburgo cuya capital es Berlin, de sus invasores, salió el 7 de octubre de su campamento cerca de Bunzelwitz, escribiendo á su hermano Enrique: «Vencer ó morir es mi lema; toda otra resolución será muy buena en otras circunstancias, pero no en la situación actual.» A marchas forzadas atravesó la llanura de Schweidnitz, despues á Januer, Haynau hasta Primkenau, y allí se le incorporó la división de Goltz que acudió desde Glogau. Sin detenerse avanzó luego hasta Guben, donde supo que los rusos habían retrocedido al otro lado del Oder y que Lacy se había dirigido á Torgau. Bastó esto para que Federico cambiara de dirección y se dirigiera al Oeste. El 23 se presentó delante de Wittenberg que fué evacuada á toda prisa por el ejército federal. Desde esta última población marchó río abajo hasta Roslau por donde pasó el río; cerca de Dessau se le unieron las divisiones del general Hülsen y del príncipe de Wurtemberg, y cerca de Kemberg la división de Zietten. Desde allí dirigióse á Torgau, donde debía decidirse aquella campaña, y por el camino escribió el 28 de octubre al marqués de Argens: «Jamás firmaré una paz perjudicial; ningún arte ni poder ni persuasión me inducirán á deshonrarme. O yo me dejo enterrar bajo de las ruinas de mi patria ó, si este consuelo parece demasiado dulce á la suerte que me persigue, pondré fin á mi infortunio cuando vea que no he de poder soportarlo por mas tiempo. Este principio que vive firmemente en mi interior ha guiado mis acciones y las guiará siempre; la ley del honor dirige todos mis pasos, y de esta guía jamás se apartará mi conducta. Despues de haber sacrificado mi juventud á mi padre, y mi edad madura á mi patria, creo tener derecho de ser dueño de mi vejez. Lo he dicho y lo repito: jamás firmaré mi mano una paz deshonrosa. Concluiré esta campaña con la firme resolución de vencer ó de morir con gloria.»

A consecuencia de la órden expresa de su emperatriz, de sostener la Sajonia á todo trance, especialmente la línea de Leipzig, Eilenburg y Torgau, aunque fuese en caso necesario arriesgando una batalla, llegó Daun el 27 de octubre á Eilenburg y desde allí al saber la aproximación de los prusianos se retiró á las alturas al Noroeste de Torgau, que ofrecían una posición defensiva magnífica, segun ya sabían por experiencia el príncipe Enrique desde el año anterior, y últimamente el general Hülsen. La llave de esta posición era la aldea elevada de Süptitz en unión con una cresta despejada de árboles en una extensión de 3,000 pasos, que forma pendiente al Oeste hácia la aldea de Grossvig y al Este hácia la de Zinna. En esta meseta, situada al Norte de la carretera que conduce desde Düben á Torgau, acampaba

desde el primero de noviembre el grueso del ejército austriaco, mientras la división de Lacy se hallaba situada desde el 2 de noviembre al pié de la cordillera entre Zinna, Torgau y la zanja llamada Röhrgraben que desemboca en el gran lago. Esta división contaba ya por sí sola 18,000 hombres, y todo el ejército junto de Daun se componía de 62,992 con 120 cañones de campaña y 240 piezas de sitio; total 360 piezas de artillería que aseguraban al ejército austriaco una superioridad terrible.

Federico el Grande salió de Düben el 2 de noviembre con sesenta y dos batallones y ciento dos escuadrones que formaban juntos una fuerza de 44,000 hombres, con 132 piezas de artillería de grueso calibre. Pasó á la vista del enemigo dirigiéndose á Schilda, segun él mismo dice en su obra, para sacar á Daun de su posición, ó atacarle en ella si no se movía. Los austriacos reconcentraron entonces todos sus destacamentos en dirección de Torgau, pero Daun permaneció inmóvil. Con esto no pudo ya dudar el rey de que Daun tenía órdenes terminantes para defender su posición á toda costa.

Llegado que hubo Federico á Schilda, donde hizo acampar sus tropas, ideó el plan de dividir su ejército en dos partes, atacar al enemigo simultáneamente por dos lados opuestos, cogerle entre dos fuegos, romper su centro y precipitarle al río Elba. En la mañana del 3 de diciembre pusieron en marcha las dos mitades de su ejército. La mas pequeña, mandada por el general Zietten, contaba 18,000 hombres con 48 piezas de artillería gruesa y se dirigió por la derecha con órden de formarse al Sur de Süptitz, y de atacar tan pronto como se diera el ataque principal al otro lado de la altura. Federico se reservó dirigir en persona el ataque con la mitad mayor de su ejército que se componía de 26,000 hombres y 94 piezas de artillería gruesa. A las siete de la mañana desfiló el rey con este ejército hácia la izquierda, describiendo un vasto arco de círculo, ocultado por el bosque de Donnitsch, para dar vuelta á las alturas de Süptitz por el lado del Nordeste y reunir sus tropas despues para atacar las aldeas de Elsnig y Neiden. La primera columna que pasó en la parte interior del arco por Mockrehna y Weidenhain como camino mas corto, iba mandada por el margrave Carlos de Brandeburgo; á la izquierda de este pasó la segunda columna á las órdenes del general Hülsen; y la tercera finalmente con la mayor parte de la caballería estaba mandada por el príncipe de Holstein. Llegó primero á la vista del enemigo la parte del ejército mandada por Zietten, que se hallaba á las 10 de la mañana en la gran carretera que conduce desde Torgau pasando por Eilenburg á Leipzig, donde se encontró con un destacamento austriaco compuesto de dos batallones del Warasdin con dos cañones. Estas tropas recibieron á los prusianos con un fuego tan enérgico, que Zietten creyó que se las había con una división muy fuerte y que de consiguiente no debía dejar su ala derecha sin la debida protección. Por tanto despues de haber derrotado á los dos batallones que tenía delante, resolvió no continuar su marcha sobre Süptitz, sino doblar hácia la derecha en dirección de Torgau. De esta manera llegó á la proximidad del gran lago, en el cual apoyó su ala derecha, mientras la izquierda siguió por la orilla del bosque hácia Süptitz teniendo delante de sí la zanja de Röhrgraben y mas allá el cuerpo de Lacy. En seguida la gran batería austriaca situada en la altura de Süptitz dirigió su fuego sobre los prusianos que lo contestaron muy enérgicamente con su artillería gruesa. Este estampido que el viento llevó en dirección del Norte donde estaba Federico le engañó, le hizo cambiar de plan de batalla y le causó muchísima pérdida.

El rey con su vanguardia acababa de atravesar el bosque

y solo cuando hubo llegado al campo abierto entre las aldeas de Elsnig y Neiden descubrió que la llanura era enteramente pantanosa, que estaba cortada por muchas zanjas de desagüe, y que de consiguiente era preciso cambiar el plan de ataque. Cuando oyó á la una y media el cañoneo y hasta descargas de fusilería detrás de Süptitz, creyó que Zietten ejecutaba ya el ataque convenido y exclamó espantado: «¡Dios mio! Zietten está ya atacando, y todavía no me ha llegado mi infantería.» Si hubiese ocurrido lo que el rey con razon temía, es decir, si Zietten hubiese entonces atacado ya al enemigo por la espalda cerca de Süptitz, habria sido efectivamente preciso que Federico no perdiera un momento en verificar tambien su ataque de frente; pero no tenia mas que diez batallones de granaderos consigo sin artillería ni caballería ninguna, y lo que todavía era peor era preciso ejecutar



Daun, feldmariscal austriaco

con sus columnas una conversion, casi una media vuelta y esto á la vista de la línea enemiga. Si tardaba en esta operacion podia el enemigo aniquilar el cuerpo de Zietten y entonces todo el plan y la jornada estaban perdidos. Así hubo de calcular el rey en la creencia errónea de que Zietten habia empezado la batalla; y en su consecuencia pasó inmediatamente orden á las columnas que le seguian desde lejos de apresurar su marcha, principalmente á la columna mandada por el príncipe de Holstein que estaba todavía tan lejos, que costó trabajo al ayudante del rey encontrarla. Los granaderos efectuaron su marcha y formaron en orden de batalla con grandísimas dificultades, que vencieron con increíble perseverancia, segun cuenta el testigo ocular Tempelhof, pues estaban bajo el fuego de la metralla enemiga de cuyos cañones distaban menos de 800 pasos. Vencieron los obstáculos que el enemigo habia puesto en su camino, y atacaron el centro del ala izquierda con un valor que tiene pocos ejemplos; pero fueron recibidos por las baterías situadas delante de toda la línea enemiga con un fuego tan furioso, que la brigada de Stutterheim, que formaba en primera línea, quedó en poco tiempo tendida en tierra. Tras de ella tocó la misma suerte á la brigada de Syburg, y los desgraciados restos de la vanguardia prusiana, es decir, de los diez batallones de granaderos hubieron de retroceder hasta el bosque pasando otra

vez por los obstáculos levantados en el camino. Las baterías emplazadas en la llanura á la izquierda del bosque por la artillería prusiana que entre tanto habia llegado, fueron destrozadas por el fuego enemigo apenas se colocaron los cañones sin que el enemigo dejara tiempo de cargarlos, porque oficiales, soldados, gente del tren y caballos quedaron todos muertos ó heridos en un instante. El cañoneo fué horroroso, tanto que el rey dijo al general Syburg: «¿Ha oido V. jamás un cañoneo mas fuerte? Yo nunca.» Desde el ala derecha de la brigada de Syburg contempló Federico la horrible matanza y derrota de sus heroicos granaderos. Le llevaron la noticia de la muerte del coronel de Anhalt, cuyo hermano, conde de Anhalt, se hallaba al lado del rey como su primer ayudante.

El rey le dijo: «Hoy todo va mal; mis amigos me dejan en este instante me participan la muerte de su hermano.»

En esto se echaron los carabineros de á caballo austriacos sobre los granaderos en retirada, y Federico tuvo que trasladarse á otra parte para no caer prisionero. Tan seguros estaban las austriacos de su victoria, que hasta bajaron de la altura de Süptitz los tres regimientos de Durlach, Wied y Puebla para tomar parte en la persecucion del enemigo.

Durante este tiempo se habia formado la brigada del general Ramin con la mayor parte de la tropa destinada á constituir la primera línea; los regimientos de Goltz, Mantuffel y Alt-Stutterheim atacaron al enemigo, lo arrollaron y llegaron, apoyados entonces por la artillería prusiana, colocada á su izquierda, hasta la cima de las alturas de Süptitz. Si en aquel momento hubiese estado á mano la caballería del príncipe de Holstein, habrian decidido la jornada estos trece batallones victoriosos; pero la caballería estaba todavía lejos y no llegaba. En esto el feldmariscal Daun en persona condujo dos regimientos de infantería de su reserva contra los batallones prusianos, los cuales resistieron valerosamente y obligaron á los austriacos á retroceder; pero acudieron á su socorro 13 regimientos de su caballería, entre ellos los coraceros de Benito Daun, que se arrojaron sobre los batallones prusianos no apoyados y decidieron la accion. Los prusianos se vieron obligados á bajar de las alturas y refugiarse en el bosque á todo correr. Con esta derrota de su primera línea de ataque hubiera quedado perdida toda la batalla para Federico, si el general Hülsen con el resto de su columna no hubiese logrado rechazar á la caballería austriaca y si no hubiese llegado á las tres de la tarde al teatro de la accion la caballería del príncipe de Holstein. Enardecióse la lucha de nuevo, pero al parecer solo para aplazar un poco mas la derrota definitiva de los prusianos; los coraceros y dragones prusianos dispersaron á la primera carga la primera línea de la infantería enemiga; pero un momento despues fueron cargados por regimientos frescos de caballería austriaca con tan terrible ímpetu, que fueron rechazados hasta el bosque. Contra esta misma caballería austriaca se estrelló un último ataque que intentaron once batallones de la columna de Hülsen; y cuando á las seis y media 23 escuadrones prusianos de refresco que el príncipe de Holstein condujo contra Zinna fueron derrotados y arrollados hasta el arroyo de Stricbach por cuatro regimientos de caballería de la segunda línea de Daun, este, que se hallaba herido en una pierna, pudo creer que la batalla estaba concluida y la victoria asegurada en su favor.

En esta batalla, la mas encarnizada y la mas llena de peripecias de toda la guerra, no abandonaron á Daun ni un solo instante su incomparable presencia de ánimo y su tranquilidad inmutable. Herido de una bala de fusil, estuvo tendido en tierra largo tiempo en medio de la pelea; y cuando despues fué recogido y le cortaron la bota de la pierna herida,

continuó durante el tiempo que le hicieron la cura dando tranquilamente sus disposiciones. Solo cuando vió rechazadas las últimas tropas frescas del enemigo, encargó el mando en jefe al conde de O'Donell y se hizo llevar echado en un carro de pólvora á Torgau, desde donde envió al teniente coronel caballero de Rothschutz á Viena con la noticia anticipada de la victoria.

En el campo prusiano hubo tambien cambio de mando; el rey como siempre se halló en esta jornada del 3 de noviembre en medio de la pelea mas fuerte; le mataron tres

caballos que sucesivamente montó; casi todos los oficiales de su escolta quedaron heridos; él mismo cayó sin sentido del caballo por el golpe de un casco de metralla que le dió en el pecho y que no le mató porque la capa de piel y la levita forrada de terciopelo habian amortiguado el golpe. Solo tuvo una contusion, pero bastante fuerte para obligarle á entregar el mando en jefe al general Hülsen, y hacerse conducir fuera del campo de batalla á Elsnig. No por esto dió la batalla por perdida, porque el enemigo habia sufrido tambien considerables pérdidas, y Federico tenia todavía á sus espaldas



toda la division de Zietten, con gran parte del ejército; de modo que creyó que Daun no se atreveria á continuar en sus posiciones; y si las abandonaba habian ganado la batalla los prusianos.

Antes de ser de noche realizóse el cambio de escena. Serian ya las cuatro cuando Zietten, despues de muchas horas de vacilacion, se decidió á atacar la aldea de Süptitz, á tiempo poco mas ó menos que el ejército del rey procedia al último ataque general. La brigada de Tettenborn penetró efectivamente en la aldea y se sostuvo en su parte baja, mientras la brigada de Saldern al subir á las alturas sufrió el fuego mortífero de la gran batería austriaca, y fué rechazada con grandísimas pérdidas. En esto habia oscurecido; y como iba disminuyendo el cañoneo del otro lado, creyó Zietten que la batalla estaba perdida; pero en aquel momento llegó al ayudante con órdenes del rey diciendo que en el camino

habia descubierto un dique no ocupado por el enemigo que entre varios estanques situados al pié del último y mas elevado punto de la loma, conducia á la altura de Süptitz. Al instante Saldern volvió á ponerse con su brigada en marcha y llegó efectivamente con toda felicidad, pasando por el dique, á la cima, llave del campo de batalla. Hubo entonces una última lucha desesperada, en la cual resistió la infantería austriaca con grandísimo valor; pero se vió repentinamente atacada por el flanco derecho con un ímpetu incomparable por tres batallones que el coronel Lestwitz habia reunido de los restos de diferentes regimientos destrozados, y dos batallones mas que el general Hülsen habia enviado á su socorro. Estas tropas se echaron con grandes hurras sobre el flanco de los austriacos, los cuales no resistieron la carga. A las ocho estas alturas tan disputadas y que tanta sangre habian costado, quedaron ocupadas por 25 batallones prusianos,